

ORACIÓN ACADÉMICA

que dijo don Manuel de Rojas y Solórzano, del orden de Santiago,
Secretario del Excmo. señor marqués de Castell-dos-Rius.

Ah! de la sacra mansión!
ah! del celeste pensil!
mi acento escuchad,
mis versos oid.
Y al obsequio plausible concurra
de alados ingenios la turba sutil.
Oid, atended, mirad, advertid
que hoy el voto y el culto promete
á osados alientos el premio feliz.
Mi acento escuchad,
mis voces oid,
y al obsequio plausible concurra
de alados ingenios la turba sutil.
Hoy al culto que Apolo convoca
divinos ingenios alados venid,
y las cláusulas dulces pronuncie
con métrico acento armonioso el clarín.
De sutiles conceptos respire
suaves fragancias, ameno el jardín,
cuya copia ingeniosa de flores
de todo un diciembre, produzca un abril.
El obsequio celoso y amante
que al noble discurso prepara la lid,
quedará (aunque se rinda) glorioso,
pues solo el afecto le ha de competir.
Hoy la noche se goza triunfante,
pues vagas sus sombras pudieron unir
en mejor firmamento los astros
que, en ella, brillantes se miran lucir.
Del aplauso las voces sonoras
escuche suspendo el celeste confín,
y del tiempo sus ecos heróicos
en bronces eternos estampe el buril.
En el plectro armonioso la cuerda
del metro elegante se permita herir,
y del fino botón de la idea
desprenda el concepto vistoso el carmín.
No la empresa desmaye el aliento
ni abata el recelo la altiva cerviz,
que en la fragua que el pecho alimenta
podrán aún los hierros dorados salir.
Aunque quieran amor y discurso
tocar ambiciones su empleo feliz,
no es menor el obsequio, pues logra
amar el ingenio y amor discurrir;
mi acento escuchad,
mis voces oid.

Despliega el vuelo altivo y generoso
el pensamiento, al curso presuroso
en alas del deseo,
(oh! erudito Museol)
para volar, ligero cuanto osado,
al término supremo y elevado
solio de Magestad resplandeciente,
sin recelar que el riesgo desaliente
de tanta empresa el ejemplar funesto,
que lo audaz hizo al orbe manifiesto;
pues su temido ensayo
fué para aliento, no para desmayo.
El ardor al peligro se conspira
buscando el centro á que feliz aspira,
y en las vagas regiones escalaba
de su misma violencia se exhalaba,
anhelando admirar, único y solo,
todo el flamante espíritu de Apolo.
Y, al romper los canceles de diamante,
del atrio celestial la luz radiante
vi con más claridad, que del intento
era disculpa el mismo atrevimiento;
pues tal vez la deidad se halló agraviada
en los mismos respetos de ignorada,
cuando nunca negó lo incomprendible
su averguación al término posible,
siendo más aplaudida
cuanto más en su ser es conocida;
y viendo ya el arrojado perdonado
y en el mismo delito laureado,
solo el espanto alienta
de tanto asombro la razón atenta.
Los regios pedestales
del sacro trono, en términos iguales,
las musas y las piérides llenaban,
cuyas sagradas sienas adornaban,
de laureles y plumas misteriosas,
diademas de tareas generosas
con cuyos frutos colocó el desvelo
sus nobles impresiones en el cielo.
Diestras las manos de uno y otro coro
pulsaban con acento tan sonoro
diversos, bien templados instrumentos,
que el suave rumor de sus acentos
suspendió de la esfera
el armonioso afán de su carrera,
pretendiendo en opuestas presunciones
duplicar en el premio sus blasones.
Y en aquel tribunal de la porfia
la vida de los astros presidía.
Yo que observaba atento
tan fácil la ocasión para el intento,
y que el benigno halago del semblante

muestra de influjos pródigo el cambiante,
acudí á la deidad, turbado y ciego,
ya que no con el voto, con el ruego,
y rezando á mi vez la melodía
se oyó que de esta suerte le decía,
prestándome en honor de empeño tanto
su dulce metro el amabeo canto:—
Oh! Númen soberano! haz que Hypocrene
hoy, á mi acento, la espumosa plata
que de ese escollo rudo, se desata
dulce se enfrene

Ya que mi torpe diestra herir no sabe
plectro armonioso, cítara elocuente,
permítela pulsar hoy la candente
lira súaive.

A un concepto, incapaz de lo sonoro,
voces has de infundir tan celestiales
que merezca mirarse en los cristales
cisne canoro.

Haz que el monte, en mi voz, glorias blasone
triunfando del empeño victoriosa,
y que mi tosea sien la desdenosa
Daphne corone.

Haz que mi helado espíritu se influya
del rayo que á tu espíritu merezca,
y brille en él de suerte que parezca
dádiva tuya.

Pues mi vuelo tan próspero se advierte
que de tu solio ve la luz hermosa,
haz que de aquesta dicha generosa
nazca mi suerte.—

Dije, y apenas feneció mi acento
el último periodo del concerto,
cuando del alto objeto la presencia
su voz encaminó á la inteligencia
que en varias suspensiones oprímia.
Y, ya de sus piedades avisado,
estas voces percibe mi cuidado.

En dos-Rius, que el Rimac cristalino
reverente á su amor en culto adora,
verás que de mi aliento el ser divino,
para lograr arder más peregrino,
todo el raudal su espíritu atesora
No bien la voz escuchan los sentidos
cuando ya, de su dicha prevenidos,
duplicado el aliento se dispone
y á nuevo vuelc el ala se compone,
registrando entre esferas transparentes
celestiales regiones eminentes,
porque el centro que va solicitando
le ha de buscar subiendo, no bajando,
pues no se puede con los mismos vuelos
bajar al Rimac que escalar los cielos.

Ya feliz con magnífico aparato
diviso en sus cristales el retrato
globo de mejor luz, que heroico alumbre
en el mismo esplendor con que deslumbre;
y el dueño soberano,
desmintiendo disfraces de lo humano,
en lo excelso sus sienes se corona
en méritos heroicos que eslabona
tanta suma de triunfos inmortales,
tanta copia de dones celestiales,
que cuando los venera la destreza
si á admirarlos empieza,
por los famosos timbres concedidos,
no sabrá distinguir todo el cuidado
si es lo propio mayor que lo heredado.
Y más cuando aún la envidia en el abismo
nuevo Fénix le aplaude de sí mismo,
que dejando su cuna en el oriente
renace mejor sol en occidente.
No extrañes ¡oh, Fortuna! que te digan
que tal vez tus favores desobligan
cuando, por tacha ó vicio,
disfrazas en agravio el beneficio;
pues aún con menos célebres primores
es agravio también hacer señores.
Pero ya mi razón tu razón niega,
lince solo esta vez, si siempre ciega;
que si en otros tu varia mano aún
efectos de desgracia y de fortuna,
en éste, no se vicia
porque rigió tu mano la justicia.
El real trono seis cisnes ilustraban
por culto fiel al soberano objeto
en la hoguera feliz de su respeto,
y haciendo lengua de las tersas plumas
(dignas de lauros y alabanzas sumas)
en varios metros, en asuntos graves,
entonaron gorgoros tan súaives
que, en ellos, mejoraban más sonoro
el dulce acento del celeste coro;
y al ver en cada uno difundido
el Númen á mis ansias prevenido,
con términos veloces
se destacó la lengua en estas voces.

A tí, Cascante divino,
siendo en todo tan cabal,
se hace mi obsequio inmortal
si otro te hizo peregrino:
mal á tu ingenio previno
de cisne el nombre inconstante,

porque tu pluma elegante
tan alto espíritu lleva
que, ya de cisne, te eleva
al ser de fénix triunfante.
La elocuencia y el primor
del marqués (1) tanto se exceden,

(1) Alude al marqués de Brenes.

que el tiempo ajar no presuma,
pues logra su ingenio solo
ceñir las sienas de Apolo
con los rasgos de su pluma.

A Bermúdez ilustró
tanto el cielo en varios modos,
que de sus influjos todos
parece que le formó.
Con tal desvelo apuró
su estudio que, al inspirar
este numen singular,
fué lo mismo, en su sentir,
empezarle á producir
que acabarle de admirar.

Centro de heróicas centellas
venero al docto Peralta,
cuando su numen le exalta
á dominar las estrellas.
Coloca en las flores bellas
su pluma en tronos mejores,
pues cambiando los colores
en luces, lleva su vuelo
desde la tierra hasta el cielo
á ser estrellas las flores.

Mas, ya que es imposible
que anime la rudeza del concepto
quien en tamaño asunto,
hacer quisiera lenguas el deseo;
ya que trémulo el labio
enmudece á la vista del empeño,
porque es mejor que deje
lo que explicar no sabe en el silencio;
ya que torpe el discurso
en tanta luz se manifiesta ciego,
sin que alumbrarle puedan
las flamantes centellas del afecto;
ya que vuestros aplausos,
negando á lo común sus lucimientos,
son, en voz de su fama,
la mejor alabanza de sí mismos;
ya que la Sión heróica
dignos ceñís de aquel laurel supremo
que, en el Olimpo sacro,
para su adorno solo vive eterno;
ya que haceis evidente
la disculpa feliz de mi desvelo,
pues solo en este lance
consiste en no acertar todo el acierto;
ya que víctima al ara
se dispone obediente el rendimiento,
siendo del sacrificio
pira, ministro, altar, materia y fuego;

Solo en Monforte se abona
del Sacro Monte la queja,
porque otro Monte le deja
sin esplendor ni corona.
Tanto su ingenio sazona
frutos del coro eminente,
que aún el Parnaso consiente
que quede su gloria en calma,
pues logran laurel y palma
mejor dosel en su frente.

Fray Agustín ha ilustrado,
con peregrina dulzura,
en duración más segura
lo mínimo y lo elevado.
Con su ingenio no imitado
que de grande á mayor erce,
único aplauso merecé;
pues une con maravilla
al renombre que le humilla
el numen que le engrandece,
que ni aún mis afectos pueden
definir cual és mejor.
Sea, en tan digno favor,
norte de alabanza suma

escuchad, dulces cisnes,
atended á mis voces, que hoy pretendo
ver en más dignas aras
mejorado el aplauso y el obsequio,
al fiamígero joven que, eminente,
para ser de las flores alimento,
si la Aurora le da cuna luciente,
le da la noche oseuro monumento;
al que al lóbrego horror, en lid ardiente,
con tan noble furor vence violento
que, en lengua de su aplauso, al miedo escucha
la voz del triunfo aún antes de la lucha;
al que volante antorecha luminosa
quiso (artífice altivo é ingenioso)
hacer la cuarta esfera más gloriosa
por ser de sus fatigas el reposo
mansión que, porque brille tan hermosa,
siendo centro de luces prodigioso,
aunque el nombre tomó de cuarta esfera
es en los lucimientos la primera.
La emulación cobarde de los celos
su oriente vano con traición persigue;
mas dando en su regazo errante Delos
fijo norte á su cuna, no consigue
que falte tierra á quien le sobran cielos,
aunque más su furor á huir le obligue,
pues cuando con la luz la sombra lidia
es el castigo el premio de la envidia.

Apenas (digo á gloria) los umbrales
del plaustro vegetal pisa glorioso,
cuando esgrime su diestra las mortales
flechas al áspid Pytio venenoso
que, en ponzoñosos cárdenos raudales,
trueca el agravio que bebió envidioso,
con cuyo triunfo ufana se asegura
vengada la inocencia y la hermosura.
Ara perpétua á la temprana gloria
construye con obsequios reverentes
la Pytia juventud, cuya memoria,
en destreza y placeres diferentes,
eterniza en el culto la victoria,
y haciendo sus despojos más patentes
le rinde al joven templo la cadena
que fabricó el temor, labró la pena.
Delphos amantes que exaltó su hoguera
en culto superior de adoraciones,
hasta el ser de deidad para que fuera
imán de afectos, norte de atenciones,
su egeuedad disculpa lisonjera,
sin temer de la envidia los baldones;
pues cuando á registrar sus luces llega
era preciso que quedase ciega.

La osada mano en torpe sacrilegio
 al epidelio estiende el atrevido,
 y robando la estatua al sólio regio
 tiraniza en su culto establecido
 al cielo el más sagrado privilegio,
 para darle á las ondas del olvido,
 y el cristal reverente, dando ejemplo,
 la restituye fiel á mejor templo.
 Del Ismenio, Liciano, Caristeo
 y Leucates, rendidas oblaciones
 continuas tributaron por trofeo
 á su deidad diversas las naciones,
 á cuyo ardiente venturoso empleo
 prefieren cuantos fieles corazones
 domina el Astro Hispero más flamante
 en humos de lealtad, cultos de amante.
 Todo aqueste esplendor tan soberano,
 todo aqueste poder tan eminente,
 ya depuesto al imperio de otra mano
 á su influjo rindió la sien luciente
 más delicioso cuanto más tirano,
 más ignora lo cuanto más patente,
 que no hay soberbio monte ó humilde valle,
 que el amor ó hermosura no avasalle.
 ¡Oh, Amor! cómo equivocas desiguales
 tu propensión, las causas que conduce
 en dulces bienes y en amados males!
 pues si una vez tu fuego se introduce
 logran sus altiveces desleales,
 á impulsos del incendio que produce,
 rendir el alma en débiles despojos
 si te fian las puertas de los ojos.
 De la hermosa beldad el albedrío
 postra el garzón, tan tierno como amante,
 al hechizo, donaire, gracia y brío,
 sin que á templar su ardor fuera bastante
 la esquivez generosa del desvío
 que mostró firme en su desdén constante,
 y atento al dulce imán de tus desvelos
 sufre desdenes, pues no sufre celos.
 Nunca el prado más bella vió á la Aurora
 cuando en aljófar puro desatada
 borde la tierra flor, la plata dora;
 mas no prosigue la atención osada
 en pintar perfecciones que atesora,
 si en su mismo rigor la ve copiada
 trasunto fiel de semejanza viva,
 porque fué tan hermosa como esquiva.
 La traición de Eleucipo descubierta,
 dos veces muerta en sí, y en su esperanza
 libre le deja al joven, aunque incierta
 su suerte, en la tormenta ó la bouanza,
 ya el aliento cobarde, la voz yerta,

declaran su pasión sin confianza;
 mas de la hermosa Nimpha fué el despego
 materia incombustible á tanto fuego.
 La indignación desprecia al rendimiento,
 el suspiro se abate á la dureza,
 tocan su fin constancia y sufrimiento,
 al menosprecio ofende la fineza.
 La esperanza infeliz pierde el aliento
 y desmaya el desdén la fortaleza,
 que estos son, aún en pechos generosos,
 los afectos de amantes poderosos.
 Oh! vil porción del apetito humano,
 grosera adulación de los sentidos,
 que iguales lo común y soberano
 cuando formas dichosos de atrevidos,
 vuelve los ojos y verás que ufano
 burla el desdén arrojos fementidos;
 que Amor, si conquistar un alma esfuerza
 la vence por constancia, no por fuerza.
 En alas del temor la Nimpha vuela
 á encontrar en las aguas del Peneo
 paterno albergue á la tenaz cautela,
 sepulcro frío al juvenil deseo.
 En seguirla el amante se desvela
 procurando, en su alcance, su trofeo;
 mas, como en un desdén surgió su daño,
 solo alcanza el laurel del desengaño.
 Esta fecunda planta trasladada
 su sacra sien guarnece misteriosa
 y las vuestras también, siendo sagrada
 insignia que vincula generosa
 de reales esplendores adornada
 dignos aplausos á la lid gloriosa;
 pues ingenio ó corona, cetro ó ciencia,
 jamás su estimación los diferencia.
 La Cypria Diosa, airada y vengativa,
 nuevo incendio á su pecho le previene,
 que de un agravio la memoria viva
 siente la ofensa y el rencor mantiene.
 Y mientras la venganza el tiempo priva
 su ardor, con la esperanza se entretiene;
 pues cuando al pundonor la herida alcanza,
 aún en los dioses, se halla la venganza.
 En su pecho la aljaba despedida
 fué (del dulce veneno inficionada)
 más dichosa en el culto de admitida
 que vana en el blasón de disparada.
 Trocando en gloria la pasión sentida,
 y volviendo en pena la venganza airada,
 queda tal vez, quien de otro el mal procura,
 en lugar de un pesar una ventura.
 Absorto el corazón en el objeto
 de Leucotoe, su pasión inflama,